

PABLO GARCÍA
Saint Anselm College

Estrategias de familiarización: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y el Inca Garcilaso de la Vega

Resumen: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y el Inca Garcilaso de la Vega suelen considerarse como dechados de la transculturación hispano-indígena en América. La crítica ha señalado a grandes rasgos los paralelos en la manera en que ambos rearticulan la historia prehispánica. Una comparación más detallada de sus textos y contextos es necesaria para mostrar que las similitudes entre estos dos autores son tan significativas como las diferencias. Lo que tienen en común refleja el impacto cultural de la colonización. Las discrepancias ilustran intenciones y situaciones específicas. El estudio de sus estrategias de "familiarización", de la manera en que establecen un vínculo familiar y exclusivo con una espléndida antigüedad prehispánica según el modelo clásico, aclara también que la combinación de elementos culturalmente diversos no era necesariamente un esfuerzo de conciliación equilibrada o una reacción contestataria a la colonización española.

Palabras claves: Alva Ixtlilxóchitl, Inca Garcilaso, identidad, historiografía colonial, transculturación

Pablo García completed his doctoral thesis on the historiography of Fernando de Alva Ixtlilxóchitl at Indiana University, Bloomington. At the present time, he is an Assistant Professor at Saint Anselm College in Manchester, NH where he teaches Spanish and Colonial Latin American Literature.

Pablo García realizó su tesis doctoral sobre la historiografía de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en Indiana University, Bloomington. Actualmente es Profesor Asistente en Saint Anselm College en Manchester, NH, donde enseña español y literatura colonial hispanoamericana.

La transculturación es un nombre relativamente nuevo para un fenómeno que en el continente americano ha estado ocurriendo durante siglos. Sobre todo a partir de la conquista de Anáhuac en 1521, se inicia una serie de encuentros y desencuentros sin precedente en la historia. Sin embargo, no es sino hasta finales del siglo XVI y principios del siglo XVII cuando aparecen frutos concretos de una interlocución cultural entre el viejo y el Nuevo Mundo en el discurso historiográfico. En ese momento surgen historias que integran elementos del pasado prehispánico y los hechos de la conquista española para crear una continuidad narrativa definitivamente americana. En estas narraciones, los elementos conceptuales y retóricos europeos sirven para darle un alcance universal a temas y asuntos de interés local y, como resultado, se hace prácticamente imposible separar las dos corrientes. Por lo mismo, resulta expedito calificarlas como obras híbridas que, en muchos casos, parecen ser un reflejo del carácter mestizo con que se designa a sus autores. Dos ejemplos paradigmáticos son el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) en Perú y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1578?-1650) en la Nueva España. Tanto por la genealogía mixta como por las características de sus obras historiográficas uno y otro suelen considerarse como dechados de la transculturación hispano-indígena.¹

Mucha de la crítica ha señalado a grandes rasgos los paralelos y equivalencias entre las maneras en que cada uno rearticula la historia antigua de su respectiva región. En su introducción a los *Comentarios reales*, el crítico peruano José de la Riva Agüero afirma que “el único digno rival de Garcilaso en toda América es el mexicano Fernando Alva Ixtlilxóchitl [...] que por la perpetua analogía y paralelismo de nuestro país y México, ofrece extraordinarias semejanzas con el cronista cuzqueño” (Garcilaso XXXVI). Asimismo, el historiador David Brading halla que, “en aspiración y sentimiento, el equivalente mexicano del Inca Garcilaso de la Vega fue Fernando de Alva Ixtlilxóchitl” aunque la falta de perspectiva filosófica y talento literario le impidieran componer o completar “algún texto de magnitud comparable a la historia del Perú escrita por el Inca” (302, 304). Más allá de los meritos literarios, Carmen Bernand y Serge Gruzinski opinan que los historiógrafos en cuestión lograron establecer a través de su obra “una mediación vertiginosa” entre dos mundos antagónicos, logrando captar “la extraordinaria fuerza de la escritura y de la narración histórica en el mundo occidental” y establecer por ese medio “sus relaciones con el doble universo al que pertenecieron” (2: 168). Más recientemente, Salvador Velazco encuentra que tanto Alva Ixtlilxóchitl como Garcilaso tienen como proyecto “integrar en un *continuum* la historia cristiana y la del mundo antiguo indígena propugnando una solución integradora de ambas tradiciones” (122). En general, el empleo de los modelos historiográficos europeos para retratar los alcances de las civilizaciones prehispánicas invita a situar a ambos autores entre España y América y, como haciendo eco de Garcilaso, la mayor parte de la crítica no ha dudado en llamarlos mestizos a boca llena.

Sin embargo, al eclipsar sus respectivos antecedentes y circunstancias particulares, estas apreciaciones dejan al Inca y a Alva Ixtlilxóchitl en el limbo equívoco del mestizaje. Una comparación más detallada de sus textos, en vista de sus respectivos contextos, demuestra que las muchas similitudes en la manera de salvar la distancia entre el pasado indígena y el presente colonial son tan significativas como las diferencias en la situación individual y el bagaje cultural específico que determinan las estrategias de auto-legitimación de cada uno. Mientras que lo que tienen en común refleja el impacto cultural de la colonización, las discrepancias revelan intenciones particulares que corresponden a situaciones concretas. No cabe duda de que el Inca Garcilaso de la Vega y don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl aprovechan las tradiciones de dos mundos. No obstante, designar sus obras como productos equivalentes de transculturación distrae del carácter personal, intencional e interesado del discurso que cada uno crea. El estudio de sus estrategias discursivas, de la manera en que establecen un vínculo familiar y exclusivo con una espléndida antigüedad prehispánica, demuestra que la combinación de elementos culturalmente diversos no era una reacción espontánea de tipo existencial o contestatario a la colonización española. Aunque se ha caracterizado recurrentemente ya como muestra de una visión de los vencidos, ya como un discurso de resistencia indígena, la manera en que familiarizan la historia es en realidad mucho más particular y compleja.

La primera de las claves en la clasificación de Alva Ixtlilxóchitl y Garcilaso como mestizos es la genealogía mixta de cada uno. Aquél era fruto del matrimonio entre un español y una mestiza descendiente de la más alta nobleza indígena. Probablemente asistió a la escuela franciscana en Santa Cruz de Tlatelolco, cede eminente del estudio de la historia y la cultura nahua. Sus textos, reunidos más tarde bajo el título de *Obras históricas*, se centran en las heroicas aventuras de sus ilustres antepasados, los señores de Texcoco. Esta producción historiográfica traza

la alcurnia indígena de la familia Ixtlilxóchitl con el fin de proteger la heredad familiar—el cacicazgo de San Juan Teotihuacán—y garantizar la posición personal del autor en la administración colonial donde ocupó, por ejemplo, el cargo de juez gobernador. Alva no menciona en ningún momento su ascendencia española. Por su parte, el Inca Garcilaso era hijo de una princesa inca y de un capitán español quien se aseguró de que recibiera una educación europea. A partir de 1560, se instaló definitivamente en España donde a lo largo de su vida intentó obtener reconocimiento oficial tanto de los méritos militares de su padre como de los derechos del linaje de su madre (Hernández 100). Sus muy conocidos *Comentarios reales* también estaban ligados a este asunto. Roberto González Echevarría ha señalado que la finalidad implícita de la obra era servir como evidencia a favor del reconocimiento de sus prerrogativas como aristócrata español y como noble inca (76). Se repite a menudo que Garcilaso se llama a sí mismo mestizo “a boca llena” (425), pero no se suele reparar en que coloca ese comentario hacia el final de su relato, tras haber pintado un halagador panorama de la civilización de los incas. En un principio, su íntimo conocimiento de la historia inca se basa, como él mismo señala, en el hecho de ser simplemente un indio.

De entrada, Garcilaso establece su carácter de historiador idóneo y capaz de ofrecer un retrato preciso de la cultura inca presentándose a sí mismo como un indio natural de Cuzco (5). Como tal, Garcilaso tendría “naturalmente” mayor conocimiento de la historia local.² Al mismo tiempo, su origen explica su dominio de “la lengua general de los indios del Perú” que, como apunta Margarita Zamora, es la justificación central “for undertaking a revisional history of the Incas and forms the foundation of his claims to a privileged historiographic authority” (51). Pero contrariamente a las asociaciones que el término “indio” podría suscitar en un lector europeo de la época, la cultura prehispánica andina retratada por Garcilaso evoca ciertas ideas en boga sobre la evolución social. Por ejemplo, Don Abbot explica que para su recreación historiográfica del origen de los incas, “Garcilaso appropriates [...] Cicero’s account in *De inventione* of the beginning of civilization, when humans were lifted from brutishness to civilization by a man ‘great and eloquent’” (88). En los *Comentarios*, ese individuo excepcional es Manco Cápac, primer inca, que impone a los pueblos andinos “las leyes naturales para la vida moral” (Garcilaso 42). Así empieza un proceso civilizador que, siguiendo un patrón clásico y una línea providencialista, desemboca necesariamente en la llegada del cristianismo a los Andes. Ese es también el diseño básico de la historiografía de Alva Ixtlilxóchitl donde, gracias al ilustre “rey” Nezahualcóyotl de Texcoco, la tradición política y cultural tolteca-chichimeca garantiza el eventual triunfo de la ley evangélica en Anáhuac.

La representación de la cultura prehispánica siguiendo el modelo de la antigüedad grecolatina aunada al énfasis en el vínculo genealógico con sus más encumbradas figuras constituyen una doble “familiarización” a través de la cual tanto Garcilaso como Alva Ixtlilxóchitl acreditan su identidad indígena. Atentos simultáneamente al pasado y al presente, los dos autores escogen y manipulan los elementos culturales y espirituales que les permitan identificarse ventajosamente ante sus lectores. El resultado es una perspectiva versátil, inestable. Por ejemplo, en la *Sumaria relación de la historia general de esta Nueva España*, Alva Ixtlilxóchitl ensalza las hazañas de “[sus] pasados” que “no fueron menos que las de los romanos, griegos, medos y otras repúblicas gentílicas que tuvieron fama en el universo” (1: 525). En cambio, algunas líneas después, condena las “idolatrías y modo de

doctrina idolátrica” e, indicando claramente su alianza espiritual, contrasta la religión prehispánica con “nuestra santa fe católica” (1: 527). Lo mismo ocurre en los *Comentarios* donde Garcilaso, inca, se presenta como fidedigno cronista de un imperio que fue tanto como el romano (4). No obstante, al describir la religión preincaica Garcilaso explica que “conforme a la vileza y bajeza de sus dioses era también la crueldad y barbaridad de los sacrificios de aquella antigua idolatría” (23). Al igual que Alva, Garcilaso se distancia de prácticas y creencias que habrían parecido censurables a lectores con los que así establece un vínculo moral y religioso. Tales profesiones de fe no necesariamente desdican la identidad indígena que ambos autores proclaman. La narrativa aclara prontamente que los antepasados de Garcilaso, lo mismo que los de Alva Ixtlilxóchitl, deben distinguirse de la masa de los indios idólatras por su exclusiva intuición religiosa. De hecho, según sus cronistas, los preclaros gobernantes de Cuzco y de Texcoco nunca practicaron la idolatría y, al contrario, presintieron al único y verdadero Dios, creador de todas las cosas.

En los *Comentarios*, la dinastía inca mantiene desde su instauración una creencia religiosa particular. Manco Cápac, iniciador de la ley natural, también le había dado a los pueblos andinos “el conocimiento de su Dios el Sol” (Garcilaso 42). Sin embargo, Garcilaso explica que este “indio de buen entendimiento, prudencia y consejo” no creía que el sol fuera en realidad un dios, sino que “con astucia y sagacidad, para ser estimado, fingió aquella fábula” (44). Sus herederos sabían perfectamente que el sol no era el verdadero Creador sino que, como declara una cita atribuida a Túpac Yupanqui, décimo inca, “es como una res atada, que siempre hace un mismo cerco” (Garcilaso 345). Asimismo, su sucesor, Huaina Cápac, habría afirmado que el sol “debe tener otro mayor señor y más poderoso que no él” (394). Según Garcilaso, está claro que los dinastas incas “rastrearón” al dios de la tradición judeocristiana: “lo adoraban en su corazón (esto es mentalmente) y le tenían por Dios no conocido” (Garcilaso 49). Los nobles incas aparecen entonces como incuestionables señores naturales por la superioridad intelectual, moral y espiritual que los distingue de sus súbditos a través de las generaciones (Brading 291).

Por su parte, Alva Ixtlilxóchitl también atribuye creencias de corte palmariamente cristiano a sus propios ancestros. Insiste en que Nezahualcóyotl se oponía en su corazón a los sacrificios humanos, dirigía sus oraciones al singular “Dios no conocido”, creador de todas las cosas, y advertía “a sus hijos en secreto, que no adorasen aquellas figuras de los ídolos, y que aquello que hiciesen en público sólo fuese por cumplimiento” (Alva 2: 137). Asimismo, presagiaba la llegada del “árbol de la luz, y de la salud y sustento” con lo que acabaría la idolatría (Alva 2: 125, 132). Siguiendo la línea profética que establece su biógrafo, el monoteísmo de Nezahualcóyotl se remonta hasta el apostólico Quetzalcoatl, un hombre blanco y barbado que, “algunos años después de la encarnación de Cristo nuestro señor” (Alva 2: 8), levantó una cruz y anunció la eventual victoria de la ley evangélica en Anáhuac. De este modo, Alva le atribuye a la dinastía texcoca una fe ligada implícitamente al cristianismo primigenio. La intuición religiosa de los gobernantes indígenas de Texcoco no sólo dora la lista de sus virtudes, sino que verifica el carácter providencial de su mandato. Además, determina su papel como agentes imprescindibles de la evangelización del Nuevo Mundo.

En las crónicas españolas era un lugar común interpretar el descubrimiento del Nuevo Mundo y sus pobladores como un don de Dios al catolicismo ibérico, y su conquista como una misión sancionada por su Providencia. Sin embargo, Garci-

laso y Alva Ixtlilxóchitl establecen una relación entre la historia providencial cristiana y la antigüedad prehispánica que modifica de manera importante el papel de españoles e indígenas. Ambos autores disminuyen el rol de los soldados y misioneros europeos en el éxito de la conquista al tiempo que elevan el de sus invictos antepasados. Según Garcilaso, si los españoles fueron capaces de conquistar Perú, se debe a que los incas contuvieron a sus súbditos para poder recibir una nueva doctrina, tal como había sido anunciado por el inca Viracocha (Garcilaso 214). En su lecho de muerte, Huaina Cápac le recordó a sus deudos la predicción de su predecesor y les ordenó obedecer y servir a los extranjeros porque “su ley será mejor que la [de los incas]” (Garcilaso 403). Ésta es la misma “ley evangélica” anticipada por Nezahualcóyotl y rápidamente recibida por su nieto Ixtlilxóchitl. Sin la inquebrantable fe e inapreciable ayuda de este legítimo infante de Texcoco, Hernán Cortés hubiera arruinado la empresa cristiana por su irascibilidad y su avaricia. En la última relación del *Compendio histórico del reino de Texcoco*, Ixtlilxóchitl sólo tolera la incompetencia del capitán español porque “quería ser amigo de los cristianos que le traían la luz verdadera, y su pretensión era muy buena para la salud del alma” (1: 462). Esa convicción es una parte de su exclusivo bagaje ancestral y, por lo mismo, una marca de su pertenencia a la nobleza indígena.

Tanto en Garcilaso como en Alva Ixtlilxóchitl, el enfoque de la narrativa muestra que la identificación con una preclara y perdurable aristocracia indígena es una pieza clave de sus estrategias de legitimación. La sucesión inca provee el hilo conductor de los *Comentarios* que narran la dinastía imperial desde su origen hasta su ruina, destacando los logros de los distintos gobernantes. Manco Cápac, el fundador del imperio, prepara el escenario estableciendo los principios gubernamentales que seguirán indefectiblemente sus herederos. Más adelante, durante doce generaciones, los diferentes incas fundan escuelas exclusivas para educar a la nobleza, establecen leyes duraderas y dan repetidas muestras del tono cristiano de sus creencias religiosas (Garcilaso 161, 274, 394). Cada logro apunta hacia un destino manifiesto que se debe entender como parte del diseño histórico providencial en el que los incas desempeñan un rol principal.

En forma similar, la historiografía de Alva Ixtlilxóchitl se centra en torno a la dinastía texcocana cuyos orígenes legendarios remonta hasta los imperios tolteca y chichimeca. Sin embargo, en contraste con Garcilaso, Alva rápidamente concentra su visión en los tres individuos cuyo carácter y acciones dominan el curso de la narración. El personaje central es siempre el gran Nezahualcóyotl. En la *Historia de la nación chichimeca*, su obra más ambiciosa, Alva narra cómo el rey-poeta de Texcoco construyó magníficas casas, fundó una universidad donde se conservaban los archivos reales e instituyó un estricto código legal (2: 92-97). Asimismo, “fue muy sabio en las cosas morales y el que más vaciló, buscando de dónde tomar lumbré para certificarse del verdadero Dios y criador de todas las cosas” como se puede ver en los muchos cantos que compuso (2: 136). Los legítimos herederos al trono texcocano, el sabio Nezahualpilli primero y el virtuoso Ixtlilxóchitl después, mantuvieron vivo su legado de justicia y piedad. De esta manera, a través de sendas secuencias nobiliarias, Alva y Garcilaso van sumando los logros y las virtudes de sus antepasados. Sus crónicas atestiguan que estas estirpes no se extinguieron tras la conquista y verifican que, por sus muchas calidades y méritos, merecen el tratamiento preferente de las autoridades coloniales.

La persistencia en el carácter y en las creencias de sus respectivos linajes, enmarcados en un diseño narrativo profético-providencial, crea la curiosa impre-

sión de continuidad que liga pasado y presente en las obras de Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl. La eficacia retórica de este esquema es el designio fatal que determina el desarrollo de la historia. El relato va conectando los eventos entre sí de manera aparentemente necesaria, confirmando las profecías y refrendando a cada paso una corriente ideológica de claro cariz cristiano representada por los paladines de la cultura prehispánica, los gobernantes incas y texcocanos. Su fe, aun siendo secreta, y su política aparecían como la base de sofisticadas civilizaciones culturalmente equivalentes a las más prestigiosas de la antigüedad occidental y, lo que es más importante, plenamente incluidas en el diseño divino de la historia. Según sus cronistas, las pruebas de todo ello se encontraban en fuentes históricas del más alto y exclusivo abolengo de las que eran excepcionales legatarios.

Garcilaso subraya el hecho de que su información sobre el pasado inca proviene directamente de los descendientes de los gobernantes prehispánicos. Se trata de sus parientes, cuyo discurso dice ofrecer sin mediación pues “será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan” (28). Las palabras que Garcilaso les atribuye a estos incuestionables y aristocráticos narradores reflejan un elitismo temático y substancial que se puede ver, por ejemplo, en el mérito que concede a la historia del origen de los incas que pone en boca de un viejo tío de su madre frente a las fábulas de “la gente común ... que de las maneras que las dicen más parecen sueños o fábulas mal ordenadas que sucesos históricos” (29, 33). Por su parte, Alva Ixtlilxóchitl insiste igualmente en las credenciales aristocráticas de sus informantes que fueron “muchos principales de esta Nueva España” (1: 525). Asimismo, atribuye a la calidad de su prosapia el haber podido recuperar algunas antiguas pinturas indígenas y, con la ayuda de un par de nobles ancianos y sabios, redescubierto la clave para descifrarlas.

Ya sean palabras habladas o imágenes, las verdades históricas que guardan requieren de una traducción experta. Habiendo ya señalado su natural capacidad lingüística, Garcilaso afirma haber “procurado *traducir* fielmente de [su] lengua materna” las palabras de su tío inca y “sacado el *verdadero sentido* dellas” (32-3 énfasis mío). Igualmente, Alva Ixtlilxóchitl asegura que a pesar de que son “dificilísimos de entender”, logró “con facilidad *conocer* todas las pinturas e historias y *traducir* los cantos en su *verdadero sentido*” (Alva 1: 525, énfasis mío). Más aún, la veracidad de sus fuentes pictográficas es inapelable, porque según este historiador, son obra de “autores muy graves en su modo de ciencia y facultad; pues fueron los mismos reyes y de la gente más ilustre y entendida que siempre observaron y adquirieron la verdad” (Alva 1: 527). Así, Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl proponen a sus lectores una historia indígena supuestamente vista desde adentro y transmitida a través de una ininterrumpida tradición, ya sea oral o gráfica, que pertenece exclusivamente a la aristocracia indígena de la cual son herederos legítimos y traductores calificados por virtud de su sangre y su genio.

Mientras que Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl argumentan la calidad de sus fuentes indígenas de manera similar, cada uno trata las fuentes españolas de manera distinta. En su exposición de la antigüedad prehispánica, Garcilaso aprovecha explícitamente obras de autores españoles a los que cita, según él, no para contradecirlos, “sino servirles de comento y glosa” (4). En realidad, además de beneficiarse con su reconocido prestigio, la habilidad de ofrecer precisiones le da a Garcilaso autoridad sobre ellos. De ese modo, en una hábil inversión, estas prestigiosas autoridades quedan subordinadas a la autoridad natural del Inca (Castro-Klarén 240). Al contrario de Garcilaso, en la *Sumaria relación de la historia general*, Alva Ixtlilxó-

chitl explica que “no [se ha] querido aprovechar de las historias que tratan de esta materia, por la diversidad y confusión que tiene entre sí los autores que tratan de ella, por las falsas relaciones y contrarias interpretaciones que se les dieron” (1: 525). Su conocimiento de tales textos le permite desautorizarlos no sólo como interpretaciones deficientes sino como palmarias mentiras. En cambio, Alva Ixtlilxóchitl asegura haber basado su propia versión en el legado documental de sus mayores. “Y así,” declara Alva Ixtlilxóchitl, “me aproveché de las pinturas y caracteres con que están escritas y memorizadas sus historias” cuya veracidad es indiscutible “por haberse pintado al tiempo y cuando sucedieron las cosas acaecidas” (1: 527).³ Esos códices eran entonces historias fidedignas puesto que en ellas el pasado se manifestaba de manera gráfica y con la inmediatez del presente.

La calidad textual de los materiales que emplea Alva Ixtlilxóchitl le ofrece una ventaja estratégica específica. Garcilaso no podía apelar a documentos gráficos prehispánicos que pudieran compararse con el libro europeo. El propio humanista inca reconoce las deficiencias de los quipus, instrumentos ajenos y meramente nemotécnicos en los que “el nudo dice el número, mas no la palabra” (231). En cambio, Alva podía referenciar registros indígenas, signos sobre papel, “pinturas y caracteres que eran sus letras” (1: 528). En un ambiente extremadamente preocupado con la palabra escrita y obsesionado con la documentación del pasado y el presente, la ausencia de materiales similares obligaba a Garcilaso a legitimar su escritura mediante textos españoles.⁴ Alva Ixtlilxóchitl, en cambio, presumía una prueba “escrita”, y por lo tanto confiable de una práctica historiográfica prehispánica, archivada precisamente en Texcoco, que verificaba su versión de los hechos. Aun así, en ambos casos, la necesidad de refrendar el imperio de la escritura correspondía a las expectativas del destinatario implícito de sus obras.

Los textos de Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl, todos escritos en español, estaban dirigidos a la administración colonial en defensa de sus propios intereses y privilegios. Destinados a influir juicios metropolitanos, ofrecen una imagen de las élites inca o texcocana empleando modelos fácilmente reconocibles a los ojos de sus lectores europeos. Por ejemplo, el Nezahualcóyotl que retrata Alva Ixtlilxóchitl es un personaje quimérico cuyas características parecen haber sido tomadas de varias figuras del mito, la historia y la literatura importadas de Europa. El rey de Texcoco posee el talento poético del bíblico David junto con la capacidad legislativa del ateniense Solón. Tiene asimismo la astucia y la teatralidad de Harum al-Rashid pues, como este sultán de las mil y una noches, recorría su reino “saliendo a solas y disfrazado para que no fuese conocido, a reconocer las faltas y necesidades que había en la república para remediarlas” (Alva 2: 129). En otra llamativa apropiación de valores españoles claves, el leal, valiente y fervoroso infante Ixtlilxóchitl aparece durante la conquista de México como un perfecto caballero cristiano a la manera del Cid o de cualquier protagonista de un libro de caballerías. Asimismo, las virtudes de los incas que destaca Garcilaso son las que suelen atribuirse a los grandes monarcas en la tradición europea: valor, sabiduría, justicia, clemencia y piedad cristiana.

Los méritos políticos y culturales que comparten con los modelos de la tradición occidental ligan a los gobernantes incas con los señores texcocanos. Lo que emparenta los “retratos de familia” que hacen Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl es la ideología colonial que encarecía la cultura grecolatina, la religión cristiana y la letra escrita. Aun si tanto Garcilaso como Alva Ixtlilxóchitl destacaban una identidad étnica específica, la aplicación de estándares occidentales para representar un

pasado reconocible a sus lectores implicaba necesariamente el sacrificio de una medida de particularismo. Pero si la tradición occidental los avecina, el énfasis en la identidad corporativa de uno y el acento en la proeza individual del otro los distingue.

Garcilaso habla de forma explícita a favor de la totalidad de la nobleza inca, que implícitamente comparte todos los valores atribuidos a los antiguos gobernantes. En el último capítulo de los *Comentarios*, cuenta 567 descendientes directos de los emperadores incas que deberían quedar exentos “de los tributos que pagan y otras vejaciones que como los demás indios comunes padecen” (437). González Echevarría señala atinadamente que “Garcilaso is arguing in favor of a caste—the Incas—not a race” (77). Su argumentación aprovechaba que la preponderancia inca eclipsaba los conflictos étnicos subyacentes. Desde finales del siglo XV los incas habían logrado consolidar una hegemonía que los españoles, desatentos a la diversidad andina y dispuestos a explotar las estructuras de gobierno preexistentes, identificaron inmediatamente como un imperio plenamente consolidado. Por su parte, Alva Ixtlilxóchitl limita estrictamente la atribución de las cualidades ancestrales a los herederos directos de Nezahualcóyotl, es decir, la línea genealógica que desemboca en su persona. Este énfasis se explica por la voluntad de Alva Ixtlilxóchitl de recalcar su excepcional estirpe texcoca en el competitivo esquema novohispano, donde el refrendo colonial de las antiguas divisiones étnico-políticas eternizó la larga historia de rivalidad entre los distintos grupos que poblaban el altiplano central (Gibson 22).⁵ Más concretamente, Alva Ixtlilxóchitl estaba celosamente tratando de conservar los bienes de su familia y justificar sus cargos en la administración colonial en función de un vínculo directo a antiguos e intachables gobernantes indígenas. Así se entiende que nunca haga mención de su familia española pues, teóricamente, el mestizaje era un factor de descalificación categórico. Su apremio se refleja en textos sucintos que dan la impresión de responder a una realidad más inmediata mientras que el deleite en las batallas, las aventuras, la intriga y las hazañas individuales recuerdan todavía el romance medieval. En contraste, cuando aparece la primera parte de los *Comentarios* en 1609, el Inca era un caballero bien instalado en España, donde había vivido ya más de la mitad de su vida y donde el ser mestizo era quizá menos un estigma que una curiosidad. El proceso que le hubiera ganado privilegios de encomendero por el linaje de su madre y los méritos de su padre, no debía ser para entonces una preocupación urgente. La obra parece gozar de la distancia temporal y trasatlántica, dilatada por la objetividad retórica correspondiente al espíritu renacentista que informa la obra.

Las distinciones aristocráticas que Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl despliegan en sus obras historiográficas invitan a reevaluar su caracterización como sujetos mestizos abogados a un proceso de mediación o resistencia cultural. Sus narraciones, se ocupan casi exclusivamente de una aristocracia indígena, más o menos extensa, modelada según cánones europeos con el fin de refrendar su posición dentro, no en contra, del sistema colonial. Margarita Zamora estima que la “discursive de-marginalization of the indigenous world is undoubtedly Garcilaso’s most original and enduring contribution to Western culture” (Zamora 168). Sin embargo, el mundo indígena que pinta Garcilaso, como el que dibuja Alva Ixtlilxóchitl, tiene claros márgenes internos. Los indígenas del común aparecen como cantidades anónimas, como una masa completamente sumisa a sus señores naturales. Además, la administración española es cuestionada sólo en la medida en que ha contribuido a desarticular la jerarquía tradicional, disminuyendo el ascendiente de la vieja noble-

za indígena y sometiéndola junto con la plebe a los abusos de extraños que, a diferencia de los gobernantes retratados por Alva y Garcilaso, sólo miran por su propio interés. Aunque eventualmente fueron empleadas a favor de causas nativistas, las adaptaciones de estos autores afianzaban las mecánicas del colonialismo al crear narrativas históricas que integraban el pasado americano al sistema de la historia occidental en los términos impuestos por la metrópolis. En este marco de subordinación, el vehículo de la continuidad entre el periodo prehispánico y el colonial es una superioridad intelectual, moral y religiosa de cuño europeo que es privilegio exclusivo de una élite nativa. Destacando su vínculo familiar con esa tradición, Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl crean una identidad indígena para distinguirse de los indios.

Colocar lado a lado las estrategias de familiarización del Inca Garcilaso y de Alva Ixtlilxóchitl es doblemente útil. Las similitudes revelan el creciente dominio de los modelos y los medios de representación importados de Europa. Las discrepancias reflejan circunstancias particulares y distintas tradiciones culturales americanas. En conjunto, ponen en evidencia las manipulaciones narrativas que todavía constituyen las bases historiográficas nacionales de México y Perú. Los criollos novohispanos, familiarizados con el pasado de su patria a través de las representaciones de Alva Ixtlilxóchitl, supieron aprovecharlas para dotarse de una antigüedad prestigiosa y así legitimar sus proyectos de autonomía. Igualmente, los criollos andinos le dieron profundidad histórica a su nación gracias al retrato de la civilización inca realizado por Garcilaso (Brading 301). Como base de la mitología nacional, esas versiones del pasado perpetuaban las disparidades entre estas nuevas élites nativas, herederas autodesignadas de las glorias prehispánicas, y una plebe condenada a la subordinación por presuntos vicios atávicos. Aun cuando a principios del siglo XX la noción de mestizaje adquirió más cartel, la perspectiva exclusivista sobre la honra del pasado indígena seguía informando un discurso que, en realidad, servía a una oligarquía hegemónica interesada en mantener una clara jerarquía social (Lienhard 66). Las claves historiográficas de esta ideología pertinaz se pueden encontrar en los textos Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl. Aun si su finalidad era impugnar las versiones españolas del pasado prehispánico, su modo de familiarizar la historia indígena la sometió definitivamente a los preceptos de una historiografía eurocéntrica substancialmente imperialista. Estos dos autores enseñan que uno de los efectos menos gratos de la transculturación en Latinoamérica ha sido el arraigo y la perpetuación del espíritu colonial en las relaciones entre los centros metropolitanos y las periferias nacionales mediante narrativas fundacionales que refrendan la posición dominante de la cultura occidental y de sus agentes.

NOTAS

¹Sara Castro-Klarén encuentra que Garcilaso está en una locación “in-between” en términos de lenguaje, sistemas simbólicos e identidades (242). Salvador Velazco ve la escritura de Alva Ixtlilxóchitl como *nepantla* (entre, en el cruce) de dos mundos (125).

²Esta idea corresponde a la teoría historiográfica vigente en ese momento. En el tratado *De historia* (1611) Luis Cabrera de Córdoba declaraba que “a los naturales criados en la tierra se ha de dar más crédito que a los extranjeros” [*sic*] (56).

³De acuerdo con las teorías de la época relativas a la escritura de la historia, los textos contemporáneos de los eventos que describen son especialmente valiosos porque “quien escribe lo que sucedió en su edad merece más crédito” [*sic*] (Cabrera 61).

⁴“When America was discovered, and conquered,” apunta González Echevarría, “writing was a tightly regulated activity through which the individual manifested his or her belonging to a body politic” (44). El crítico agrega que “to write was a form of enfranchisement, of legitimation” (45).

⁵A principios del siglo XVI, todavía prevalecía en Anáhuac un sistema de clientelismo dominado, la triple alianza de México, Texcoco y Tlacopán. El incipiente proceso de expansión mexicana que hubiera podido establecer una estructura de gobierno central más rígida fue detenido por la conquista española.

OBRAS CITADAS

- Abbot, Don Paul. *Rhetoric in the New World*. Columbia: U of South Carolina P, 1996.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando. *Obras históricas*. Ed. Edmundo O’Gorman. 2 Vols. México: UNAM, 1975.
- Bernand, Carmen y Serge Gruzinski. *Historia del nuevo mundo*. 2 Vols. México: FCE, 1996.
- Brading, David A. *Orbe Indiano: de la Monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: FCE, 1998.
- Cabrera de Córdoba, Luis. *De historia para entenderla y escribirla*. Ed. Santiago Montero Díaz. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948.
- Castro-Klarén, Sara. *Writing Subalternity: Guaman Poma and Garcilaso, Inca*. *Disposition* (1994): 229-44.
- Garcilaso de la Vega, el Inca. *Comentarios reales*. Intro. José de la Riva-Agüero. México: Porrúa, 1998.
- Gibson, Charles. *The Aztecs under Spanish Rule*. Stanford: Stanford UP, 1964.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Cambridge: Cambridge UP, 1990.
- Hernández, Max. *Memoria del bien perdido: conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Perú: IEP, 1993.
- Lienhard, Martín. *De mestizajes, heterogeneidades, hibridismos y otras quimeras*. Asedios a la heterogeneidad cultural: Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar. Coord. José Antonio Mazzotti and U. Juan Zevallos Aguilar. Philadelphia: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996.
- Velazco, Salvador. *Visiones de Anáhuac: reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*. Guadalajara: U de Guadalajara, 2003.
- Zamora, Margarita. *Language, Authority, and Indigenous History in the Comentarios reales de los Incas*. Cambridge: Cambridge UP, 1988.